

ISOLDA (*turbada á Brangania*).—¿Qué pasa? Brangania! ¡Ah! ¿Qué son esos gritos?

BRANGANIA.—Isolda! señora! Conteneos sólo hoy!

ISOLDA.—¿Dónde estoy? ¿Vivo? ¡Ah! ¿qué bebida me diste?

BRANGANIA (*con desesperación*).—La bebida de amor.

ISOLDA (*mira con terror á Tristán*).—Tristán!

TRISTÁN.—Isolda!

ISOLDA.—¿Debo vivir?

(*Cae desvanecida en sus brazos.*)

BRANGANIA (*á las mujeres*).—Socorred á la señora!

TRISTÁN.—¡Oh delicias llenas de perfidia! ¡Oh felicidad consagrada por el engaño!

LOS HOMBRES.—Salve al rey! salve á Cornualles!

(*Algunos saltan por encima de bordo; otros han arreglado un puente, y todos indican con su actitud la próxima llegada de aquellos á quienes esperan, cuando cae rápidamente el telón.*)



ACTO II

Jardines con grandes árboles delante de la habitación de Isolda, á la cual conducen unos escalones por un lado. Noche de estío serena y magnífica. Cerca de la puerta abierta hay una antorcha encendida. Cuernos de caza. Brangania, en los escalones de la habitación, escucha el ruido de la caza, que va alejándose. Isolda sale del cuarto agitada y se acerca á Brangania.

ESCENA PRIMERA

BRANGANIA, ISOLDA

ISOLDA.—¿Los oyes todavía? Paréceme que el ruido se alejó.

BRANGANIA.—Están cerca: se distinguen los sonidos claramente.

ISOLDA.—La inquietud, el temor engañan tu oído: te engaña el rumor del follaje que susurra agitado por el viento juguetón.

BRANGANIA.—Te ilusiona el vehemente deseo de oír lo que presumes: oigo el sonido de los cuernos.

ISOLDA.— El sonido de los cuernos no es tan agradable; las ondas que corren suaves de la fuente murmuran aquí cerca con delicia; ¿cómo podría oírlas si los cuernos continuaran resonando? En el silencio de la noche la fuente me sonríe: al que me espera en la callada noche, ¿quieres alejarle de mí pretextando que los cuernos suenan á ti cercanos?

BRANGANIA.— Al que me espera! Oh, escucha mi advertencia! Los espías esperan de noche. Porque tú estás ciega ¿crees que los demás apenas os ven? Cuando á bordo el rey Marke recibió de la trémula mano de Tristán á la pálida novia, apenas dueña de sí, cuando todos turbados la veían con paso vacilante, y el buen rey, con tierna solicitud, se lamentaba en alta voz de las fatigas que sufriste en la larga travesía: hubo uno, bien lo eché de ver, que fijó la mirada en Tristán; la escudriñadora mirada de una malvada astucia quería leer, en el rostro de aquél, lo que le interesaba. Á menudo le encuentro acechando maliciosamente; os tiende redes en secreto, guardaos de Melote.

ISOLDA.— ¿Hablas de Melote? ¡Oh, cómo te engañas! ¿No es el más fiel amigo de Tristán? Cuando mi amado no puede estar á mi lado, solamente se le encuentra con Melote.

BRANGANIA.— Lo que me lo hace sospechoso, te lo hace á ti simpático. Melote va de Tristán á Marke sembrando mala semilla. Ellos han acordado con precipitación esta caza nocturna; su astucia de cazador servirá para un venado más noble que el que tu fantasía se figura.

ISOLDA.— Melote por compasión inventó este ardid para su amigo muy querido: ¿quieres tú ahora ultrajar su fidelidad? Mira él por mí mejor que tú; le franquea los caminos que tú me cierras: oh, evítame el tormento de la dilación! La señal, Brangania! Oh,

da la señal! Apaga el último fulgor de la luz! Invita á la noche para que descienda completamente! Esparció ya su silencio por el bosque y por la casa; ya llena el corazón de un delicioso temblor! ¡Oh, apaga ahora la luz! apaga la luz que se aleja de pavor! Permíteme que éntre mi más amado!

BRANGANIA.— ¡Oh, deja brillar la antorcha de la precaución! Deja que te muestre el peligro! Oh desdicha! ¡Oh dolor! Ay de mí, desventurada! Funesta bebida! Que yo una vez infiel haya hecho traición á la voluntad de la señora! Á haber obedecido muda y á ciegas, tu obra sería entonces la muerte; tu afrenta, sin embargo, tu ignominiosa miseria, es mi obra; yo soy la culpable, no debo ignorarlo!

ISOLDA.— ¿Tu obra? ¡Oh insensata doncella! ¿No conocías á Minna (1)? ¿Ni el poder de sus maravillas? Reina de ánimo el más intrépido, reguladora de la existencia universal, tiene por súbditos á la vida y á la muerte, ella los teje de placer y de dolor, cambiando en amor la envidia. Yo tomé temerariamente con mis manos la obra de la muerte, y Minna la sustrajo de mi poder: quedóse en prenda á la que estaba dedicada á la muerte, quiso coronar la obra con su mano; puede dirigirla, llevarla á término, elegir mi suerte, conducirme á donde quiera, estoy á su disposición: deja pues que ahora me muestre obediente!

BRANGANIA.— Si la maléfica bebida del amor hubo de extinguir la luz de tu inteligencia, si no pudiste comprender mis advertencias; escucha ahora, da oídos á mis súplicas! Esa luz que alumbra el peligro, no apagues esa antorcha, hoy! al menos hoy!

ISOLDA (*se acerca precipitadamente á la antorcha y la toma*).— La que atiza el fuego en mi pecho, la que hace abrasar mi corazón, la que me sonríe como el día del

(1) Amor.

alma, la señora Minna que se haga de noche para brillar ella claramente allí donde tu luz la hace retroceder de espanto. Tú á la atalaya! vigila allí fielmente. La luz—fuese la de mi vida—no temo apagarla riendo.

(Saca la antorcha y la apaga en el suelo. Brangania se vuelve consternada para subir á la azotea de la casa por una escalera exterior de donde desaparece lentamente.)

ESCENA II

ISOLDA, TRISTÁN

(Isolda, llena de ansiedad, mira á una calle de árboles. Hace una seña. Sus gestos de alegría indican que de lejos ve venir á su amigo. Su impaciencia llega á extremarse. Tristán entra impetuosamente; ella vuela á su encuentro dando un grito de júbilo. Abrazo apasionado.)

TRISTÁN.—Isolda! Querida mía!

ISOLDA.—Tristán! Querido!

ISOLDA Y TRISTÁN (cantando á la par).—¿Eres mío? ¿Te poseo otra vez, puedo estrecharte entre mis brazos? ¿Es esto verdad? ¡Al fin! Al fin! Á mi pecho! Te siento realmente! ¿Eres tú mismo? ¿Son tus ojos? ¿Es tu boca? ¿Está ahí tu mano? ¿Está ahí tu corazón? ¿Soy yo? ¿Eres tú? ¿Te tengo aprisionado? ¿No es ilusión? ¿No sueño? ¡Oh encantos del alma! Oh dulce placer, el más augusto, el más invencible, el más bello, el más celestial! Sin par! Sin medida! Sin fin! Eterno; eterno! No presentido, jamás conocido, inmenso, sublime! Explosión de alegría! Arrobamiento de felicidad! Rapto del mundo á las celestiales alturas! Mi Tristán! Isolda mía! Tristán! Isolda! Mío y tuyo! Siempre unidos! Unidos eternamente!



ISOLDA.—¡Cuán largo tiempo separados uno de otro! Qué separación durante tanto tiempo!

TRISTÁN.—¡Tan lejos, estando tan cerca! Tan cerca, estando tan lejos!

ISOLDA.—¡Oh enemiga de la amistad, maldita distancia! Oh prolongada lentitud del tiempo perezoso!

TRISTÁN.—¡Oh distancia y proximidad, irreconciliables adversarios! Agradable proximidad, triste distancia!

ISOLDA.—¡Tú en la oscuridad, yo en la luz!

TRISTÁN.—¡La luz! La luz! Oh esta luz! Cuánto tiempo sin apagarse! Púsose el sol, el día pasó; mas no ahogó su envidia: encendió su señal que aleja de pavor y lo fijó en la puerta de mi estimada para que no fuese yo á su casa.

ISOLDA.—La mano de la más estimada apagó la luz. Á eso se oponía mi doncella, yo no tuve la menor aprensión: bajo el poder y amparo de Minna opuse resistencia al día.

TRISTÁN.—¡Al día! Al día! Al pérfido día, al más cruel enemigo, odio y proscripción! Oh, pudiera yo, para vengar los sufrimientos del amor, apagar el lumínar del día, como tú esta luz! ¿Hay apuro, hay pena, que él no avive con su claridad? Hasta en el resplandor crepuscular de la noche mi amada la guarda junto á su casa y me la proyecta como amenazando.

ISOLDA.—Si la amada la guarda en su propia casa, en su propio corazón, clara y amenazadora, la guardó un día con arrogancia mi amado, Tristán, que me engañó. ¿No era el día en que mintió de él, cuando fué á Irlanda como pretendiente á pedir mi mano para Marke, para consagrar á la muerte la fidelidad?

TRISTÁN.—¡El día! El día que brilla en torno de ti me robó á Isolda allá, donde se asemejaba al sol en el esplendor y en la luz de honores soberanos! Lo que de tal modo ofuscó mis ojos, aplastó por el suelo mi

corazón : en la brillante claridad del día ¿ cómo podía ser mía, Isolda ?

ISOLDA.—Si no podía ser tuya, la que te eligió ¿ qué te hizo creer el perverso día para que tú hicieras traición á la amada que estaba destinada á ti ?

TRISTÁN.—La aureola del honor, el poder de la gloria, que con magnificencia augusta brillaban en torno tuyo, y la ilusión me cautivaron para inclinarte mi corazón. El astro esparció sobre mi cabeza el más claro resplandor, el sol diurno de los honores mundanos con sus rayos de delicias vanas penetróme por la cabeza y por el vértice hasta lo más recóndito del corazón. Lo que velé oscuramente encerrado allá en una casta noche, lo que sin saberlo y sin pensarlo concebí allá vagamente, una imagen, que mis ojos no confiaban poder contemplar, en contacto con la luz del día se me descubrió radiante. Lo que tan glorioso y augusto me había parecido, lo ensalcé á la faz del mundo, en alta voz alabé ante el pueblo todo, la novia real, la más hermosa de la tierra. Desafié la envidia, que el día me despertó, los celos que mi dicha ahuyentaba, el disfavor que empezaba á gravitar sobre mis honores y mi gloria, y resolví lealmente, para conservar honor y gloria, pasar á Irlanda.

ISOLDA.—¡ Oh vano esclavo del día ! Engañada por aquel que te engañaba, cuánto amándote, debí sufrir por ti, á quien, en medio del falso brillo del día, rodeado por el engaño de su esplendor, odiaba yo sin simulación allá, en lo más profundo del alma, donde un amor ardiente te envolvía. ¡ Ah, en el fondo del corazón, cuán grande dolor causaba la herida ! Cuán ruín me pareció aquel á quien tenía oculto allí misteriosamente, cuando el único fielmente guardado se sustrajo, en la luz del día, á las miradas del amor, y sólo como enemigo se presentó delante mí. Yo quería huir de la luz del día, que me mostraba en ti un traidor, y lle-

varte conmigo á la noche allá, donde mi corazón me prometía el fin de la decepción, donde se disipa la ilusión presentida del engaño : allí para beber en tu honor la copa del amor eterno, en unión conmigo, quería consagrarte á la muerte.

TRISTÁN.—¡ En tu mano la dulce muerte ! Cuando reconocí que me la ofrecías, cuando el presentimiento me mostró como respetable y cierto lo que me prometía la reconciliación : entonces empezó á lucir en mi seno el suave crepúsculo de la noche de sublime poder : mi día quedó consumado.

ISOLDA.—¡ Mas ay ! te engañó la pérfida bebida y se te disipó la noche ; querías únicamente la muerte, y te ha restituído al día.

TRISTÁN.—¡ Oh bendita bebida ! ¡ jugo bendito ! ¡ bendito el augusto poder de su magia ! Ella me abrió de par en par, por entre los umbrales de la muerte, donde fué vestida para mí, el reino de delicias de la noche, que solamente en sueños hasta entonces había visto. Separó de la imagen que estaba recóndita en mi corazón, el engañoso brillo del día, y mis ojos, que ven de noche, pudo contemplarla en toda su verdad.

ISOLDA.—Vengóse, pues, el día vencido ; conspiró con tus culpas : la que te mostró la noche en su crepúsculo, debiste de entregarlo al poder real del astro del día para vivir brillando solitario allí con triste esplendor. ¿ Cómo lo soporté ? ¿ cómo lo soporto todavía ?

TRISTÁN.—¡ Oh ! Estábamos pues consagrados á la noche : el día disimulado, dispuesto á la envidia podía separarnos con sus ardides, pero no engañarnos más con su mentira. De su vano esplendor, de su jactancioso brillo riense las miradas que la noche le dedica ; ya no ciegan más nuestros ojos los rayos fugitivos de su luz vacilante. Las mentiras del día, gloria y honor, poder y riqueza, á pesar de su imponente brillo, se